

John Muir

Yosemite



YOSEMITE

JOHN MUIR

traducción de

VÍCTOR OLAYA

Yosemite.

John Muir

Titulo original: *The Yosemite*, de John Muir.

Publicado originalmente en 1912 por The Century Company, Nueva York.

Traducción de Víctor Olaya.

Imagen de portada, © Igor Lukyanov

Copyright © John Muir, 1912

Copyright © de la traducción, Víctor Olaya, 2017

La aproximación al Valle

Cuando partí a la larga excursión que me llevó a California, estuve deambulando a pie y en solitario, desde Indiana hasta el golfo de México, con una prensa para plantas en mi espalda y siempre en dirección al sur, igual que hacen los pájaros cuando migran desde el verano hacia el invierno. Desde la costa oeste de Florida, crucé el golfo hasta Cuba y allí disfruté la rica flora tropical durante unos meses, con la intención de abrimme camino a través de los bosques hasta la cabecera del Amazonas y bajar flotando sobre las aguas de este gran río hasta el océano. Sin embargo, no pude encontrar ningún barco en dirección a Sudamérica — quizás por fortuna, ya que tenía muy poco dinero para un viaje tan largo y todavía no estaba recuperado de una fiebre que había sufrido en los pantanos de Florida—. Así pues, decidí pasar uno o dos años en California para ver su maravillosa flora y el celebre valle de Yosemite. Tenía ante mí todo el mundo y todos los días eran de asueto, así que poco importaba a cuál de los rincones salvajes del planeta fuera en primer lugar.

Al llegar en el vapor desde Panamá, pasé un día en San Francisco y pregunté por la forma más rápida de salir de la ciudad.

—Pero ¿a dónde quiere ir? —me preguntó el hombre a quien le había pedido esta importante información.

—A cualquier lugar que sea salvaje —le dije.

Esta respuesta le dejó atónito. Parecía tener miedo de que yo estuviera loco, así que cuanto antes me fuera de la ciudad, tanto mejor, y por ello me mandó al ferry que iba hacia Oakland.

Y así, el 1 de abril de 1868, me puse en marcha hacia Yosemite. Era la época de la floración en las tierras bajas y las cordilleras de la costa, y la luz inundaba los paisajes del valle de Santa Clara, el aire vibraba con los cantos de los turpiales, y las colinas estaban tan cubiertas de flores que parecía que las hubieran pintado. Mi avance era lento a través de estos jardines gloriosos, los primeros de la flora de California que había visto nunca. La agricultura y la ganadería dejaban aún pocas huellas, y yo deambulaba ensimismado describiendo amplias curvas, sabedor gracias a mi mapa de bolsillo de que el valle de Yosemite quedaba hacia el oeste y que sin duda lo encontraría.

La sierra desde el oeste

Una mañana luminosa, al mirar desde lo alto del collado de Pacheco, surgió ante mí un paisaje que, después de todos mis deambulares, todavía es el más hermoso que he contemplado jamás. A mis pies se extendía el gran Valle Central de California, llano y florido, como un lago de pura luz solar, con cuarenta o cincuenta millas de ancho y quinientas de largo —un rico jardín recubierto de un abrigo de compuestas amarillas—. Y en el extremo occidental de este enorme lecho de flores doradas, se alza la poderosa Sierra, de una altura de varias millas y tan radiante y de unos colores tan gloriosos que no se diría que está vestida de luz, sino hecha de ella, cual la muralla de una ciudad celestial. Por la parte alta, y descendiendo ampliamente hacia las faldas, se extendía una franja de nieve de color gris perlado; bajo ella, una de azul y violeta que delimita la superficie del bosque; y a lo largo de la base de la cordillera, una banda

amplia de rosa púrpura. Y todos estos colores, desde el azul del cielo al amarillo del valle, se mezclaban en una transición suave y continua tal y como lo hacen en un arcoíris, de manera que el muro de luz que construían era de una belleza indescriptible. Me pareció entonces que la Sierra no debería llamarse «Sierra Nevada», sino «Sierra de la Luz». Y después de diez años de asombros y deambulares en su seno, de haber gozado sus torrentes de luz, los rayos blancos de la mañana fluyendo por sus collados, el brillo radiante del mediodía en los cristales de sus rocas, la rojez del arrebol alpino y el vapor irisado de sus incontables cascadas, todavía me parece que esta es, por encima de todas las demás, la «Sierra de la Luz»

A simple vista, no se ven en ella señales de la acción del hombre, ni tampoco nada que haga intuir la grandiosidad y la profundidad maravillosa de sus formas. Ninguno de sus riscos coronados por árboles parece alzarse lo suficiente como para hacer pública su riqueza. No se ve ningún gran río o valle, ni ningún conjunto de elementos bien definidos que destaquen de manera clara. Incluso las cimas de los picos, reunidas arriba del cielo en una sucesión magnífica, parecen relativamente regulares en lo que a su forma respecta. De cualquier modo, la cordillera al completo, con sus quinientas millas de longitud, se encuentra surcada por cañones de entre dos mil y cinco mil pies de profundidad, por los que un día fluyeron glaciares majestuosos, y por los que ahora fluyen y cantan ríos brillantes y gozosos.

Características de los cañones

A pesar de su maravillosa profundidad, estos cañones no son gargantas oscuras, salvajes e inaccesibles. Con algunos pasos arduos aquí y allá, son caminos de flores que llevan a las fuentes de hielo y nieve, callejas de montaña llenas de vida y luz, talladas y esculpidas por los antiguos glaciares, y

que a lo largo de todo su recorrido presentan una gran variedad de paisajes atractivos —la más impresionante de cuantas se han descubierto hasta la fecha en las cordilleras del mundo—. En muchos lugares, en especial en la región central del flanco oeste, los cañones principales se abren en parques y valles amplios tan diversos como un jardín, con praderas, arboledas y matorrales en flor, mientras que las paredes altas, de una variedad de formas infinita, están bordeadas de helechos, plantas en flor, arbustos de múltiples especies, y grandes coníferas y robles que encuentran en los pequeños bancales y repisas un lugar en el que sostenerse. A todos ellos les dan vida los ríos jubilosos que llegan cantando a coro sobre los acantilados y a través de los cañones laterales, en saltos de agua de todas las formas que puedan imaginarse, y que van a unirse a los ríos que fluyen con su belleza brillante y reposada por el centro de cada uno de estos cañones principales.

El incomparable Yosemite

El más famoso y accesible de estos valles en los que se abren los cañones, y también el que presenta los elementos más sorprendentes y sublimes a la más amplia escala, es el de Yosemite, situado en la cuenca del río Merced a una altitud de cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Tiene unas siete millas de longitud, entre media milla y una milla de ancho, y cerca de una milla de profundidad en el sólido flanco granítico de la cordillera. Las paredes están hechas de rocas del tamaño de montañas, en parte separadas entre sí por cañones laterales, y son tan escarpadas y están dispuestas de una manera tan compacta y armoniosa, que el Valle, visto en su conjunto, parece una enorme sala o templo iluminado desde lo alto.

Pero no hay ningún templo construido con las manos que pueda compararse con Yosemite. Cada roca de sus paredes

parece destellar vida. Algunas se inclinan hacia atrás en un descanso majestuoso; otras, de una verticalidad absoluta o casi total a lo largo de miles de pies, avanzan más allá de sus compañeras en actitud pensativa, dando la bienvenida tanto a las calmas como a las tormentas, como si se dieran cuenta de todo lo que sucede a su alrededor, aun sin preocuparse por ello. De qué manera tan delicada están decoradas estas rocas, imponentes y de una majestuosidad estática y severa, y qué elegante y tranquilizadora es la compañía de la que se rodean: hermosas arboledas y prados a sus pies, sus cimas en el cielo, y millares de flores inclinándose con confianza contra su base, bañadas en torrentes de luz y de agua mientras la nieve y las cascadas, los vientos y las avalanchas y las nubes brillan y cantan y las engalanan a través de los años, y un ejército de pequeñas criaturas aladas —pájaros, abejas, mariposas— animan el ambiente y convierten el aire en música. Por mitad del Valle baja el cristalino Merced, el río de la piedad, de una quietud pacífica, y refleja a su paso los lirios y los árboles y las rocas que lo contemplan; un encuentro de cosas frágiles y fugaces junto con muestras varias de resistencia, que se funden en incontables formas, como si la Naturaleza hubiera reunido en esta mansión de montaña sus tesoros mejor escogidos, para así atraer a sus amantes a unirse con ella en una comunión íntima.

La aproximación al Valle

Según se asciende hasta Yosemite desde las estribaciones por cualquiera de las antiguas sendas o carreteras que se usaban antes de que se construyera el ferrocarril entre el pueblo de Merced y la frontera del parque de Yosemite, aguas arriba, los bosques y los ríos se van haciendo más ricos y salvajes. A una altitud de seis mil pies sobre el nivel de mar, los abetos plateados tienen doscientos pies de alto, con ramas dispuestas regularmente en espiral alrededor

de los fustes colosales, cada una de ellas pinnada de una manera hermosa como una fronda de helecho. El abeto de Douglas, el pino de azúcar, el pino ponderosa y el *Libocedrus* con su corteza marrón alcanzan aquí su máximo desarrollo en lo que se refiere a su grandiosidad y belleza. También está aquí la majestuosa secuoya, la reina de las coníferas, la más noble de esta noble raza. Estos árboles colosales son tan maravillosos en su belleza y en la perfección de sus proporciones como en su estatura, y representan una congregación de coníferas que sobrepasan cada una de ellas a todas cuantas se ha descubierto en el mundo hasta la fecha. Este es el paraíso de los amantes de los árboles: los bosques, secos y saludables, que dejan pasar la luz en una masa vibrante hecha mitad de sol y mitad de sombra; el aire de la noche, así como el del día, con un aroma indescriptible y estimulante; las ramas plumosas de los abetos dispuestas para las camas de los montañeros, y las cascadas que nos arrullan con sus cantos. En las crestas más elevadas, por las que pasaban esas viejas sendas de Yosemite, el abeto plateado (*Abies magnifica*) constituye la mayor parte de los bosques y avanza en una formación gloriosa hasta el mismo borde de las paredes del Valle por ambos lados, y más allá del Valle hasta una altura de entre ocho mil y nueve mil pies sobre el nivel del mar. Y es así que Yosemite, aun con sus impresionantes frontales de granito desnudo, se encuentra inmerso en unos bosques magníficos, y las principales especies de pino, abeto, píceas y *Libocedrus* aparecen en el Valle mismo. No hay, no obstante secuoyas (*Sequoia gigantea*) en el Valle o cerca de sus confines. Los más cercanos están a unas diez o veinte millas más allá del límite inferior del valle, en algunos pequeños afluentes del Merced y el Tuolumne.

La primera visión: Bridal Veil

La primera visión de conjunto del valle solía tener lugar desde el borde de estos bosques divinos: una revelación paisajística que enriquece para siempre la vida de uno. Al entrar al valle, mientras contemplamos la escena desbordados por la multitud de elementos grandiosos a nuestro alrededor, quizás lo primero que nos llama la atención es Bridal Veil, una hermosa cascada a nuestra derecha. Su parte superior, donde salta libre por primera vez desde el acantilado, se encuentra a novecientos pies sobre nosotros; y mientras cimbreo y canta en el viento, envuelta en una espuma vaporosa y tamizada de luz, cayendo y flotando a partes iguales, parece de una elegancia y una ternura infinitas. Sin embargo, los himnos que entona nos hablan de la fuerza solemne y fatídica que se esconde bajo sus dulce ropajes.

Bridal Veil se precipita libre desde el borde del cortado a la velocidad que el caudal ha adquirido tras descender por una larga pendiente por encima de la cascada. Si se mira desde lo alto del talud que hay al oeste, hecho de rocas de avalancha y a unos cien metros por encima del pie de la cascada, se observa que la cara inferior del arco de agua está finamente estriada y acanalada, y a través de este arco, por entre la roca y el agua, se ve el cielo, lo cual hace un efecto novedoso y llamativo.

En condiciones meteorológicas normales, la cascada golpea en las repisas de pizarra y forma una especie de saliente a unos dos tercios de la parte superior. Y mientras la cortina de agua se balancea adelante y atrás entre los pilares con movimientos muy diversos, produce notas que suenan a besos y salpicaduras, y también detonaciones como las de un trueno, similares a las de la cascada de Yosemite, aunque a menor escala.

Los arcoíris del velo, hechos a partir de vapor y espuma en lugar de lluvia, son magníficos, porque las aguas se precipitan sobre los bloques angulosos de granito que hay al pie y ello produce una abundancia de vapor de la mejor calidad para crear irisaciones, y también por la exuberancia con la que crecen la hierba y el culantrillo al lado del talud, en el que algo más abajo aparecen robles, laureles y sauces.

Características generales del Valle

En el otro lado del Valle, prácticamente enfrente de Bridal Veil, hay otra hermosa cascada, notablemente más ancha que aquella cuando la nieve se derrite con rapidez, y con más de mil pies de altura medidos desde el borde del cortado desde el que salta al vacío, y hasta la cabecera del talud rocoso sobre el que golpea y se rompe en otras cascadas a modo de jirones. Se llama Ribbon Fall o Virgin's Tears. Durante las avenidas de la primavera, es algo maravilloso, pero los estallidos de agua que llenan el hueco de la pared que ocupa son asfixiantes e impiden acercarse. En otoño, sin embargo, cuando su débil corriente cae como una ducha, podría pasar por una simple lágrima, con el observador melancólico recién llegado de una visita a Bridal Veil.

Justo después de este glorioso caudal, la roca de El Capitán, considerada por muchos como el elemento más sublime del Valle, asoma a través de los pinares, alzándose más allá del perfil general de la pared con una grandeza imponente, como una materialización de lo permanente. Tiene tres mil trescientos pies de alto y es un rostro de granito esculpido por los glaciares, liso y de una simpleza mayúscula—el extremo de una de las cadenas montañosas más compactas y resistentes, sin rival alguno en lo que respecta a su altura, su anchura y su fuerza inquebrantable—.

Desde aquí, en el otro extremo del Valle, junto a Bridal Veil, se encuentran las pintorescas rocas de Cathedral Rocks, de casi dos mil setecientos pies de altura, que constituyen una noble muestra de escultura precisa y al mismo tiempo descomunal. Están íntimamente relacionadas con El Capitán, ya que ambas resultan de la erosión producida por el glaciar de Yosemite sobre la misma cadena montañosa, cuando el Valle estaba en proceso de formación.

Junto a Cathedral Rocks, en el lado sur, se alza Sentinel Rock hasta más de tres mil pies: un monumento elocuente del periodo glacial.

Casi enfrente justo de Sentinel Rock está Three Brothers, una inmensa masa montañosa con tres almenas que miran al Valle, una sobre otra, con la más alta de ellas de casi cuatro mil pies de altura. Reciben su nombre por tres hermanos, los hijos del viejo Tenaya, jefe de la tribu Yosemite, que fue capturado aquí durante las guerras indias, cuando el Valle fue descubierto en 1852.

Paseando hacia arriba del Valle a través de praderas y arboledas, en compañía de estas rocas majestuosas que parecen seguirnos a medida que avanzamos y observamos, admiramos y buscamos nuevas maravillas por delante de nosotros, donde todo cuanto nos rodea es tan grandioso, se escucha el tronar de la cascada de Yosemite, y cuando llegamos frente a Sentinel Rock aparece ante nosotros en todo su esplendor desde la base hasta la cima, con media milla de altura, y con aspecto de saltar a la luminosidad del Valle directamente desde el mismo cielo. Pero incluso esta cascada, tal vez la más maravillosa del mundo en su clase, no puede retener nuestra atención al principio, ya que ahora la parte superior del Valle está a la vista, con las figuras exquisitamente modeladas del North Dome, Royal Arches y la Columna de Washington a nuestra izquierda; Glacier

Point, con su cuerpo macizo y magníficamente esculpido, a la derecha; y en el centro, justo delante, aparece el Half Dome o Tissiack, la más hermosa y sublime de todas las maravillosas rocas de Yosemite, que se alza con majestuosidad serena desde los prados y las arboledas floridas, y hasta una altura de cuatro mil setecientos cincuenta pies.

Los cañones superiores

Aquí el Valle se divide en tres ramales: los cañones de Tenaya, Nevada e Illilouette, que se extienden aguas arriba hasta las fuentes de la Sierra Alta, con un paisaje que no desmerece el vínculo que los une a Yosemite.

En el ramal sur, a una o dos millas del Valle principal, se encuentra la cascada de Illilouette, de seiscientos pies de altura, una de las más hermosas de toda la coral de Yosemite, aunque inaccesible para la mayoría de la gente a causa de su cañón empinado, abrupto y repleto de rocas. Sus principales fuentes de hielo y nieve se sitúan en las montañas bellas e interesantes del macizo de Merced, mientras que su amplia cuenca, entre sus montañas y cañones, es conocida por la belleza de sus lagos, sus bosques y sus magníficas morrenas.

De vuelta al Valle, y ascendiendo por el ramal norte del cañón de Tenaya, pasamos entre North Dome y Half Dome, y en menos de una hora llegamos al lago Mirror, Dome Cascade y la cascada de Tenaya. Más allá de esta última, en el extremo norte del cañón, se encuentra la imponente roca del monte Watkins, de aspecto similar a El Capitan, y en el sur la vasta ondulación de granito de Cloud's Rest, de una milla de alto. Entre ellos, la bella cascada de Tenaya Cascade, con plumas plateadas que se abren sobre los pliegues de granito bien pulidos por los glaciares, y un desnivel total de unos setecientos pies.

Inmediatamente después de las cascadas de Dome Cascades, en el collado junto al monte Watkins, hay una vieja senda que en su día utilizaban los indios en su camino a través de la cordillera de Mono, pero en el cañón que hay por encima de este punto no hay ninguna clase de camino. Entre el monte Watkins y Clouds Rest el cañón solo resulta accesible para los montañeros, y es tan peligroso que yo dudaría en recomendar incluso a los buenos montañeros, ansiosos por poner a prueba su destreza y sus nervios, que intenten atravesarlo. Después de Dome Cascades no se encuentran ya grandes dificultades. En las antiguas depresiones de los lagos —hoy colmatadas de tierra— que aparecen entre las ondulaciones de roca, se encuentra una sucesión de prados y jardines de lirios llenos de encanto. Por todas partes la superficie del granito tiene aspecto de estar pulida, y en muchos lugares refleja los rayos del sol como un cristal, un fenómeno debido a la acción de los glaciales, ya que el cañón fue en canal por el que se desplazó uno de los principales afluentes del antiguo glacial de Yosemite.

Unas diez millas por encima del Valle, llegamos al hermoso lago Tenaya, donde el cañón se termina. Una o dos millas por encima del lago se alza Sierra Cathedral, un edificio de una sola piedra creado a partir de la roca viva, con paredes, tejado, gablete, y agujas y pináculos ornamentales, diseñada y terminada de manera simétrica cual una obra de arte, y emplazada sobre una planicie bien nivelada a unos nueve mil metros de altura, como si al crear un edificio tan excelso la Naturaleza se hubiera también preocupado de que fuera bien visible. Desde todas direcciones, su forma peculiar y la belleza grácil y majestuosa de sus gestos nunca pierden su encanto. Su altura desde la base hasta la cresta de su tejado es de unos dos mil quinientos pies, y desde entre los pináculos que adornan su frontal se obtienen vistas grandio-

sas de las cuencas superiores de los ríos Merced y Tuolumne.

Después de pasar la catedral, descendemos al delicioso y amplio valle de Tuolumne, desde el que se pueden hacer excursiones a los montes Dana, Lyell, Ritter y Connes, y al lago Mono, así como a los muchos picos curiosos que se alzan por encima de las praderas que hay al sur, y al cañón de Big Tuolumne, con su abundancia gloriosa de rocas y aguas que caen, se deslizan y saltan. Con todo esto, los hermosos prados cerca de las fuentes de Soda Springs constituyen un enclave encantador.

Elementos naturales cerca del Valle

De vuelta a Yosemite, y subiendo por mitad del cañón de Nevada, ocupado por el río Merced, llegamos tras unas pocas millas a las cascadas de Vernal y Nevada, de cuatrocientos y seiscientos pies de alto, que vierten sus aguas blancas y joviales hacia el paisaje rocoso más sorprendente y sublime de cuantos pueden encontrarse en el mundo. Siguiendo el cauce del río hasta más allá de la cascada de Vernal llegamos hasta Little Yosemite, un valle similar al gran Yosemite en su forma, sus esculturas de roca y su vegetación. Tiene unas tres millas de largo, con paredes de entre mil quinientos y dos mil metros de alto, y cascadas que caen por encima de ellas y fluyen a través de los prados y arboledas del fondo del valle, en arroyos tranquilos que la vegetación cubre en forma de ricas pérgolas.

Tras este Little Yosemite en el cañón principal, hay otros tres pequeños yosemites, el más alto de ellos situado unas pocas millas por debajo de la base del monte Lyell, a una altura de siete mil ochocientos pies sobre el nivel del mar. Describir estos, con toda la riqueza de su decorado al estilo de Yosemite, y con la naturaleza salvaje de los altos picos